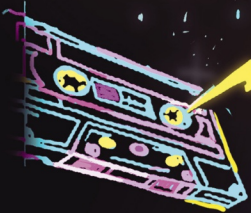
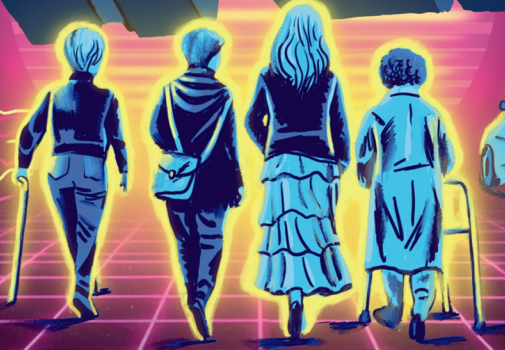
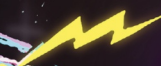




INÉS GALIANO



LAS CHICAS DE AYER



RUMAS

INÉS GALIANO

**LAS
CHICAS DE
AYER**

RUNAS

Primera edición: mayo de 2026

Corrección de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Copyright © Inés Galiano, 2026.
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-261-0
Depósito legal: M-3185-2026
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

*A mis amigas de toda la vida:
Elena, Amanda y Cris*



Para que podáis viajar a los 80 más cómodamente con nuestras chicas, os dejamos un enlace a las canciones que han inspirado cada capítulo.

Obertura: Hace falta valor

«Quiero vivir del aire, quiero salir de...», piensa mientras todo da vueltas a su alrededor. ¿Cómo era la canción? No lo recuerda bien. Ya no es tan fácil recordar las cosas como antes, se dice. Marie aprieta los labios y se agarra a los brazos del sillón, calculando de nuevo todas las fórmulas que ha repasado cientos de veces. Tiene que funcionar.

Las turbulencias agitan la cabina y sus dedos presionan con más fuerza el terciopelo de la tapicería. El elegante color rojo del asiento desentona con la mesa de botones y cables que cubren el resto del espacio, pero ha llegado a cogerle cariño.

—Cuarenta segundos —dice una voz artificial por el altavoz del reloj de su muñeca.

—Gracias, Marty —responde.

—Treinta y cin...

—Modo silencio, Marty.

Marie cierra los ojos. Intenta concentrarse en la canción que se le ha instalado en la cabeza. ¿Qué grupo era? Lo que sea para no pensar en todo lo que puede salir mal en los próximos segundos. ¿Era Radio Futura? Solo espera que no se incendie la máquina. Era Radio Futura, seguro. Al menos ha dejado el extintor preparado junto al sillón. ¡Sí! *Escuela de calor*.

Entonces sucede. Un fognazo de luz le traspasa los párpados y siente la compresión del vacío sobre el cuerpo. Se queda sin respiración y se nota caer. Muy lejos. Muy profundo. Hasta que llega la calma. Suelta el aire de los pulmones. Inspira.

Abre los ojos, nerviosa. Lo primero que ve es la foto de sus amigas con las cazadoras de cuero y sesenta años menos que hay pegada en la pared. Dirige la mirada hacia la pantalla que hay junto a ella y parpadea hasta que consigue enfocar los dígitos verdes: «26/06/1986».

—Viaje completado con éxito —anuncia Marty.

Una parte de ella aún piensa que cuando abra la puerta se encontrará en el laboratorio del sótano de su casa. No puede ser verdad. No de esta manera.

—Pon una cuenta atrás de diez minutos, Marty.

Se desabrocha el cinturón improvisado que tuvo que coserle al sillón de cine y se levanta con esfuerzo. Sus rodillas de setenta y siete años crujen. Sus manos ajadas y doloridas se apoyan en el respaldo. Se pone de pie. Suspira. Intenta armarse de valor para salir al exterior.

—Ritmo cardíaco acelerado —aconseja la voz de Marty—. Haga un descanso antes de continuar con sus tareas.

—Habría que ver cómo estaría el tuyo ahora si tuvieras uno —refunfuña Marie mientras pulsa el botón que abre la puerta y apaga las luces del interior.

La cápsula se descompresuriza y ella espera, con toda la paciencia que es capaz de reunir, a que la hoja se repliegue por completo. Entonces, se hace el silencio. Los ojos tardan en acostumbrarse a la oscuridad del exterior. Nota la humedad de la noche en la piel. El ritmo cardíaco se le acelera aún más mientras baja los peldaños, nerviosa. El viento nocturno le azota la cara y le mueve los canosos rizos sobre la frente. Lo comprueba.

A lo lejos ve una pequeña casa blanca que brilla tenuemente bajo la luz de la luna. Tiene que ser aquella casa. La huerta murciana crece salvajemente hacia el camino. Marie da un paso adelante y siente el suelo blando bajo las botas.

Todo esto es campo. Ha vuelto.

La anciana respira hondo y se encamina hacia la casa, despacio. Conforme se acerca distingue música sonando por la radio y la nostalgia se le cuele por los poros.

—¿Es la misma canción? —susurra sin darse cuenta.

Marty retoma el comando de voz y responde:

—¡Correczzz! —La voz de Marty suena entrecortada por interferencias—. Esta canzzz del 1984 lleva en tu listazzz de favoritzzz...

—¡Shhh! ¡Te he dicho que no hables!

La letra de la canción se filtra por una ventana abierta. «Deja que me acerque», resuena en sus oídos mientras se agazapa bajo el alféizar de la ventana. No se atreve a asomarse. «Deja que me acerque a ti», tararea una chica joven dentro de la casa. «Quiero vivir del aire, quiero salir de aquí».

Su corazón ahora sí que está acelerado. Es tan extraño escucharla.

—Quedan dos minutozzz de la cuenta atrázzzzz que has configurado... —interviene Marty antes de que pueda callarlo.

—¡Mierda! —susurra Marie antes de salir corriendo.

Siente las botas caer sobre el terreno y algo de dolor en las rodillas al hacer ese sobreesfuerzo. Mañana se lo pasará con dolor de huesos, pero hoy no le importa.

—¿Quién anda ahí? —grita la chica desde la casa.

Por suerte, la oscuridad de la huerta y su traje negro le dan ventaja.

—Será un perro callejero, io un conejo! —Oye una segunda voz. Con el corazón en la garganta, Marie se abalanza al interior de la cápsula. Recibe el antiguo sillón de cine destartalado como una bendición y se abrocha el cinturón. La puerta de la cápsula se cierra con un clic. Cierra los ojos e intenta calmarse mientras escucha la voz de Marty por los altavoces de la máquina:

—Lanzamiento programado en diez, nueve, ocho...

Abre los ojos un segundo para ver la foto de sus amigas junto a la pantalla. Sonríe. Los dígitos de la pantalla crecen rápidamente desde 1986 y la velocidad comienza a disminuir cuando pasa la tercera década de 2000. Ha visto ese contador moverse tantas veces durante sus pruebas que sabe cuánto tardará exactamente en llegar el último número. Sin embargo, esta vez es muy diferente con respecto a las otras. Esta vez ha viajado.

Observa el contador llegar al 2045 sin poder asimilarlo todavía. Cierra los ojos justo en el momento en el que se produce el fogonazo de luz y siente su cuerpo precipitarse al vacío.

Patri se encuentra con las chicas

Patri da dos golpes en su pulsera para subir el volumen de los auriculares y escuchar el temazo que están poniendo en Galaxia 80. Vuelve a colocar la mano sobre el reposabrazos mientras sigue el ritmo con el pie izquierdo y canturrea el estribillo:

—Me asomo a la ventana y eres la chica de ayer...

Desafina mientras su coche autónomo sorteando el tráfico de la autopista. Observa el mermado paisaje por el que no había pasado desde hacía tantos años y se sorprende de la aridez y la ausencia de árboles limoneros.

—Demasiado tarde para comprender...

El coche toma una salida lateral hacia una vía más pequeña y se sitúa detrás de otra fila de vehículos. El giro le permite observar el atardecer en el retrovisor: una colina se recorta contra el intenso color anaranjado, tal y como la recuerda de su juventud. Parecer ser lo único que no ha cambiado del paisaje.

—Chica, vete a tu casa... —murmura, pero se detiene al reconocer el edificio frente a ella—. Suspende reproducción.

La canción se interrumpe. Patri se inclina hacia delante para ver mejor mientras su coche se adentra en los terrenos de la casa que será su destino esta noche. Reconoce la fachada blanca y el tejado negro porque tiene el mismo aspecto que aún reside en sus recuerdos, pero también distingue elementos nuevos, como una antena parabólica enorme y una fila de setos que rodean casi todas las ventanas de la planta baja. La puerta blindada también parece reciente.

—Ha llegado a su destino —dice el asistente virtual del coche, después de aparcar junto a un camino de gravilla.

—Sí —susurra Patri—, al maldito Llano de brujas.

Tras decir ese nombre en voz alta siente unas mariposas en el estómago que hacía tiempo que no sentía, pero respira hondo e intenta hacerlas desaparecer. Si ha podido entrevistar a grandes estrellas y actrices de La Plaza, ¿cómo no va a poder enfrentarse a una cena con antiguas amigas?

Despliega el espejo del techo para retocarse. Su pelo corto blanco y las lentillas moradas le devuelven la mirada. Han pasado muchos años, pero se ve bien. Y eso es lo que importa. Cierra el espejo de un golpe y baja del coche.

—Reposo.

El coche emite un pitido como respuesta y se apaga mientras Patri siente el terreno blando bajo las botas de tacón. Piensa que quizá no ha traído el calzado adecuado para venir a la antigua huerta, pero es demasiado tarde para cambiar de idea. Se dirige por el camino mal iluminado que lleva a la casa. Se ajusta la chaqueta, con frío. La luz

del sol se ha ido por completo y los inviernos en el desierto de Murcia ya no son tan suaves como antes.

Camina lentamente porque no tiene prisa, pero sí miedo. Tiene ganas de verlas, aunque no sabe qué va a pasar esta noche. ¿Y si la conversación no fluye y se marchan todas antes de llegar a los postres? ¿Y si alguna de ellas tiene una sorpresa o petición que prefiere no escuchar? Ya no es común hacer reuniones presenciales si no hay un motivo de peso para ello.

Llega junto a la puerta y se sorprende al verla porque, aunque sea nueva, está pintada del mismo color verde que recuerda. Tantas tardes esperando frente a esa madera barnizada para escuchar juntas el álbum más reciente o analizar todos los eventos sucedidos en el instituto durante la mañana. Sonríe al acordarse. Esta noche se siente en el pasado.

Llama al timbre y, a continuación, se enciende una pantalla en la puerta. Una cámara le toma una foto muy poco favorecedora y debajo aparece el texto «Identificación facial...». Definitivamente, eso la antigua puerta no lo hacía. Tras unos segundos, escucha un pequeño clic y la cerradura se abre automáticamente. Patri empuja la hoja suavemente con la mano, pero duda antes de dar el paso decisivo hacia el interior. Entonces escucha una voz conocida tras ella, que la obliga a reaccionar.

—¡Vamos, Patri! ¡Que se me calienta el vino!

Se gira para encontrarse a una persona que apenas reconoce, oculta bajo la sombra que ella misma proyecta. Afortunadamente, se trata de alguien que no necesita pensárselo mucho antes de actuar. Siente la presión de sus manos en el brazo mientras la fuerza a acceder al recibidor de la casa.

—¡Estás guapísima! —le dice Catalina Fernández-Delgado mirándola de arriba abajo con una sonrisa enorme.

Patri la observa también, ahora que se encuentran bajo la luz de una gran lámpara de araña. Hace muchos años que no la ve en persona y está muy distinta a cómo se suele mostrar con los filtros para la videollamada grupal de La Plaza. Lleva unos voluminosos pendientes de aro y el pelo estilo *bob* de color rojo atado con una cinta azul, a juego con el mono de licra que le asoma por debajo del abrigo. Cati tiene una expresión divertida en la mirada.

—¡No te han pasado los años!

—¿Tú crees? —titubea Patri.

—Es mentira, nos han pasado muchos años a todas —Cati se echa a reír—. ¿Quince o veinte?

—¿Sin vernos las cuatro? Veintiocho.

—Claro, sabía que tú llevarías la cuenta.

Un incómodo silencio llena la estancia.

—¿He sido demasiado efusiva? —responde Cati, agitando la botella de vino que lleva en la mano—. ¡Perdona! Estoy un poco nerviosa con esta invitación repentina de Marie. ¡Reunión presencial!

Dice esto último alzando las cejas como si quisiera alcanzar el cielo y a Patri la hace reír. Ya casi no se acordaba de las meteduras de pata de su amiga.

—Te confieso que yo también estoy nerviosa —responde Patri.

—¡Con la de cenas raras a las que habrás asistido tú! La verdad es que yo le he intentado sonsacar algo a Marie antes de llegar —dice en un susurro—, pero no ha soltado prenda, la muy estrella. ¿Tú sabes algo?

Patri niega con la cabeza. No sabe por qué ha tenido que hacerse seiscientos kilómetros de carretera para venir, pudiendo reunirse por videollamada como siempre en La Plaza, pero sabe que podría haberse inventado una excusa y no lo ha hecho. Le ha podido la curiosidad.

—¿Nos querrá enseñar algo? —dice, calculando mentalmente qué opciones son factibles para esta noche.

En ese momento oyen una voz grabada, que proviene del interior de la casa.

—Pasad al salón, a vuestra izquierda.

Las dos amigas obedecen y se adentran en la dirección indicada hasta llegar a la sala principal de la casa. Aunque algunos muebles son distintos, Patri reconoce el lugar en el que estuvieron tantas veces: la chimenea de ladrillo rojo encendida como cada invierno, el enorme ventanal con vistas a la huerta, ahora tapado por los setos, y una mesa de madera tallada que ha sobrevivido más tiempo que ellas mismas, preparada esta noche con cuatro manteles individuales de ganchillo, platos de porcelana antigua y cubiertos plateados. En la pared opuesta descansa un sofá moderno con *chaise longue* donde antes estaban las viejas butacas estampadas de la madre de Marie.

Sobre la repisa del hogar, una pequeña pantalla da vida al rostro virtual y sonriente de la dueña.

—Enseguida subo, amigas, uestoy terminando una cosa en el sótano!

—¿Será codillo? —dice Cati cuando la pantalla se congela—. A Marie le encantaba hacer codillo, ¿verdad?

—Sí, eso creo —dice Patri a pesar de que no tiene ni idea.

—Estupendo, la botella que he traído marida muy bien.

«Es extraño saber el futuro de alguien pero no saber lo que va a hacer en los próximos cinco minutos».

Marie, Cati, Isa, y Patri son amigas desde la adolescencia. Ahora, en 2045 y a sus setenta y siete años, tienen vidas muy distintas, dolores por todo el cuerpo, y poco tiempo para hablar, pero todo cambia cuando Marie las invita a cenar en su laboratorio secreto de la huerta murciana para enseñarles el mayor proyecto de su vida: ha construido una máquina del tiempo.

Ese invento las lanzará a un último viaje juntas, de regreso a 1985, en plena movida madrileña. Las chicas de ayer tendrán que encontrar la forma de volver a su tiempo volviéndose a enfrentar a viejas decisiones ya superadas y amores pasados mientras suena de fondo la mejor música de la historia.

Porque hay experiencias que solo se viven una vez.
O dos.



Alianza editorial

